

## **Afectividad y violencia. Reflexiones en torno a una experiencia de trabajo de campo en Honduras y el sur de México**

*Sergio Salazar Araya*<sup>1</sup>

*Las violencias no son un objeto de estudio sencillo, y menos para una disciplina cuyo paradigma metodológico dominante es, desde los tiempos de Malinowsky, la observación participante.*

Ferrándiz Martín y Feixa Pampols

### **INTRODUCCIÓN**

Pensar colectivamente es condición indispensable para la generación de conocimiento, incluso cuando se trata de dar cuenta de las propias condiciones contextuales y las estrategias heurísticas de dicho esfuerzo. Aunque efectivamente existan momentos en la práctica etnográfica que se viven en solitario, las estrategias de generación del dato y sus posteriores análisis sólo son parte de un esfuerzo científico en tanto sometidas a la consideración crítica de una intersubjetividad (no siempre necesariamente académica) interesada e informada.

El presente aporte se inscribe en un esfuerzo de este tipo, *pensar colectiva y críticamente nuestras experiencias y estrategias etnográficas, tomadas como objeto de un ejercicio reflexivo intersubjetivo*. Más concretamente, a partir de una experiencia etnográfica en el norte de Honduras, se reflexiona sobre las implicaciones políticas y afectivas de la investigación antropológica en contextos donde la

<sup>1</sup> Profesor Investigador Universidad de Costa Rica.

violencia (estructural, directa, institucional y simbólica) ha calado en las fibras más finas de la cotidianidad de muchas personas que se encuentran vinculadas a las dinámicas migratorias de ese país (Dudley, 2010; CIDEHUM, 2012; Flores Fonseca, 2012; IUDPAS, 2014; Arce, 2015).

Durante una estancia de cuatro meses en 2014 y posteriores estancias más cortas, me enfoqué en estudiar las condiciones que producen la expulsión y fuga de cientos de miles de personas hondureñas que todos los años se trasladan a Estados Unidos (EU), teniendo como eje prioritario las diversas formas, lugares y labores implicados en lo que desde mis primeros acercamientos se fue mostrando como un proceso más amplio de producción de movilidad humana. Desde el principio me planteé la necesidad de una etnografía multisituada (Marcus, 2001; Perret, 2011; Dumont, 2012; Maybri Salazar, 2013), pues para mí era evidente que estos procesos migratorios exigían una mirada localizada, pero itinerante.

La primera pregunta fue por dónde empezar. El albergue, las organizaciones de familiares de migrantes, las áreas fronterizas, los centros de atención a deportados, las unidades familiares en Honduras... todos daban la impresión de ser lugares vinculados por una serie de dinámicas de circulación (no sólo de personas, sino también de cosas, ideas, discursos y representaciones) implicadas, de manera diversa, en la producción de un conjunto de dinámicas de movilidad de las que se componía el fenómeno migratorio. Fue así como mi objeto de estudio se fue perfilando:<sup>2</sup> me interesó comprender con mayor profundidad las *prácticas y discursos locales* y

<sup>2</sup> Honduras reunía una serie de condiciones y características que la hacían prioritaria para abordar el fenómeno migratorio centroamericano: desde hacía varios años, su población era mayoritaria entre las personas migrantes, y empezaba a presentar rasgos interesantes como la creciente participación de mujeres y niños. Aunque tenía una larga historia de migración a EU, hasta ahora no había sido tan cuantiosa ni abarcadora como otros países de la región, lo que implicaba que estaba en un momento particular en términos de la configuración de redes transnacionales y prácticas familiares y comunitarias propias de un país con tradición migrante. Tenía varios años de estar a la cabeza en índices de violencia social en la región, lo que refería a un conjunto de dinámicas de expulsión que ya no estaban enraizadas sólo en las condiciones de precariedad y despojo.

*cotidianos implicados en estos procesos de producción de movimiento humano.*

Tanto desde los estudios culturales como desde la antropología de la globalización se ha puesto sobre la mesa una buena cantidad de argumentos sobre las transformaciones en la naturaleza de los objetos de estudio de la ciencia antropológica, así como de sus contextos y dinámicas de movilidad y flujo que han demandado, casi impuesto, un replanteo metodológico en relación con la etnografía y el trabajo de campo (Marcus y Cushman, 1992; Watson, 1999; Appadurai, 2001; Clifford, 2001 y 2008; Geertz, 2001; Marcus, 2001). Creo que muchos de los fenómenos y procesos que tradicionalmente han conformado el objeto de estudio de la antropología social han sufrido cambios importantes, producto de nuevas condiciones materiales de producción y reproducción de la vida social, lo que ha implicado un desafío para la etnografía. No obstante, esto no implica que los objetos de estudio se disuelvan en un continuo devenir subjetivo puramente discursivo.

En mi caso, la definición del campo de estudio, la selección de lugares de observación y la determinación del tiempo de estancia son decisiones condicionadas por muchos factores, entre los que cuentan no solo las complejas dinámicas de los objetos e informantes, sus itinerarios y flujos, sino, a partir de esto, las posibilidades materiales de *perseguirlos*. Pero más allá de reconocer las limitaciones que las nuevas condiciones de complejidad disponen, es preciso que las reflexiones y debates metodológicos no renuncien a las premisas básicas que han hecho de la etnografía una de las prácticas más fértiles de la antropología social, tal como se plantea en la introducción de este volumen.

He dividido el texto en tres partes. Primero, describo las rutas de ingreso al campo, las formas en que entré en contacto con los actores que me facilitaron la inmersión a los lugares y los vínculos para la interlocución con mis eventuales informantes. Luego, presento dos situaciones etnográficas específicas, sobre las cuales propongo algunas preguntas y reflexiones en torno a las estrategias para la generación y registro de datos, así como a los sesgos y limitaciones vinculados a estas y al contexto en que se efectuaron. Por último,

elaboro algunos corolarios y preguntas más generales, que contribuyan a la discusión y reflexión colectiva sobre las implicaciones de hacer etnografía en contextos donde diversas formas de violencia condicionan, frontal o de manera sutil, los tejidos y vínculos sociales sobre los que se despliega el trabajo investigativo.

## LAS RUTAS DE INGRESO

Viajé a Honduras el 24 de marzo del 2014. Lo primero que vi al abordar el avión, justo en los cuatro asientos que estaban a mi lado, fue un niño de unos nueve años y una niña de doce, ambos hondureños, acompañados por dos agentes del Instituto Nacional de Migración mexicano. Súbitamente, mientras estaba apenas imaginando lo que sería enfrentarme a la realidad de la migración en Honduras, esa realidad aparecía frente a mí mostrándose en su plena circulación y geografía. Estaba en medio de un proceso de deportación; del tipo, además, que meses después sería tildado por la prensa internacional como *crítico*.<sup>3</sup> Recuerdo que durante el viaje el niño iba encantado con la vista, ante cada nuevo paisaje en la ventanilla tenía expresiones de admiración, y constantemente buscaba la mirada del agente como queriendo compartir su asombro, pero este durmió la mayor parte del viaje. De hecho, ninguno de los dos oficiales tuvo mayor intercambio de palabras con los menores durante todo el vuelo.

La escena se grabó en mi memoria y fue de las primeras notas que tomé en mi diario: el niño mirando por la ventana una tierra diversa y continua, aprehensible desde una altura que no dejaba

<sup>3</sup> Los titulares referían, casi todos, a “la crisis de los niños migrantes”; al respecto, véanse: [http://internacional.elpais.com/internacional/2014/07/16/actualidad/1405533053\\_232216.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2014/07/16/actualidad/1405533053_232216.html); <http://www.telesurtv.net/news/En-detalle-La-crisis-de-los-ninos-migrantes-en-EE.UU.-20141120-0002.html>; <http://www.univision.com/noticias/inmigracion/las-cifras-de-la-crisis-de-los-ninos-migrantes-en-la-frontera>; <http://www.dallasnews.com/news/news/2014/06/06/arizona-mass-transfer-of-immigrants-from-texas-is-creating-a-crisis>; <http://www.latimes.com/nation/nationnow/la-na-nn-ff-immigration-migrant-children-20140607-story.html>; <http://edition.cnn.com/2014/06/13/us/immigration-undocumented-children-explainer/>.

ver sus fronteras, sus violencias y sus discontinuidades. Y él, en un avión, en ese lugar tan desterritorializado y, al mismo tiempo, tan cargado de frontera; justo ahí, entre un asiento y el otro. Fue prácticamente un augurio de lo que sería mi experiencia en campo: un recorrido por un territorio en el que las fuerzas de continuidad y discontinuidad estaban en un enfrentamiento continuo por la producción del espacio, pero que no eran, necesariamente, visibles en todo momento; una visita a un territorio que oscila entre el traslado y la detención, entre la movilidad y la captura; un viaje en el que las fronteras están entre los países, pero emergen también más allá de estas, incluso entre los cuerpos.

Una vez en San Pedro Sula me trasladé a la cercana ciudad de El Progreso, en el norte del país. Ahí me recibió el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), del Servicio Jesuita a Migrantes, y fueron ellos quienes me presentaron, unos días después, ante las integrantes de la junta directiva y la asamblea general del Comité de Familiares de Migrantes Desaparecidos de El Progreso (Cofamipro). Fue durante un taller de la organización. Recuerdo que llegamos cerca de las 9 de la mañana a un salón grande en el que había unas cincuenta personas, la gran mayoría mujeres adultas, muchas de ellas adultas mayores. La señora que se dirigía al grupo saludó a mi acompañante al vernos entrar, y luego de unos minutos le dio la palabra. Él se levantó y me tomó del brazo como indicándome que lo acompañara; pasamos al frente. Se presentó rápido y casi de inmediato empezó a hablar de mí.

Recuerdo que dijo un par de cosas rápidas, “estudiante”, “investigación”, “México”, y luego un “pero mejor que él les explique”. De repente me encontré sólo frente al grupo de señoras, madres, abuelas, hijas y hermanas de toda una generación de desaparecidos, y tenía que explicarles qué es lo que estaba haciendo ahí. Las piernas me temblaban y la voz me traicionó. ¿Cómo explicarles lo que buscaba? ¿Por qué me interesaba conocerlas? ¿Cómo pedirles permiso para meterme en sus vidas y en su organización? El peso simbólico del grupo y el momento me conmovió profundamente; ni mi formación académica en ciencia política ni mi condición de hombre blanco ciudadano me daban elementos para enfrentar la situación de forma

asertiva, y mi propia empatía hacia ellas habría de irse generando desde la emergencia de afectos propios y compartidos que me alejaban de la noción de investigación objetiva y aséptica que suele promover la politología liberal.

“Buenos días, mi nombre es Sergio Salazar, soy *tico*,<sup>4</sup> pero estudio en México, donde vivo desde hace año y medio”, dije con la voz entrecortada. Les comenté sobre mi participación como voluntario en albergues, de mi contacto con migrantes hondureños y de mi interés por conocer mejor las historias de tanta gente que salía de este país, así como el proceso de conformación e incidencia del Cofamipro, ofreciendo mi trabajo voluntario a la organización.<sup>5</sup> Luego de mis breves y nerviosas palabras, me sentí invadido por preguntas que llovían sobre mí desde la nube negra de mi inexperiencia y mis inseguridades: ¿qué impresión les había causado?, ¿cómo habrán tomado mi propuesta de apoyar el trabajo de la organización?, ¿les habrá parecido invasivo o impertinente?, ¿cómo iba a hacer para conducirme en medio de un grupo tan cargado de dolor? Debo admitir que sentí miedo y algo de tristeza. La incertidumbre superó por mucho las ocasiones en que, sentado cómodamente frente a mi computadora, programé mis estancias intentando anticipar cualquier emergencia.

En ese momento no me di cuenta, pero, así como yo estaba representando al grupo para mis adentros, lo que me generaba sentimientos intensos y encontrados, igualmente el grupo estaba haciendo sus propias representaciones sobre mí, las cuales serían significativas para mi eventual ingreso al comité y los procesos de registro de información. Como descubriría más adelante, mi condición de

<sup>4</sup> Gentilicio coloquial. Nombre con el que se conoce, entre los pueblos de la región, a las personas nacidas en Costa Rica.

<sup>5</sup> El acuerdo con el comité fue hacer entrega de todos los registros fotográficos y en audio generados durante mi estancia, así como contribuir a la divulgación, por medio de organizaciones sociales en México, de los datos sobre los casos de personas desaparecidas registrados por la organización. Asimismo, apoyé en tareas más concretas y cotidianas vinculadas al funcionamiento de la oficina del comité, organización de eventos, apoyo en giras y visitas a familiares, apoyo en atención durante procesos de repatriación, registro de nuevos casos, entre otros.

hombre joven conectaba de muchas formas con las representaciones y afectos que circulaban entre el grupo, tanto en términos de su discurso organizativo de incidencia y búsqueda como en relación con su propia economía emocional. Desde las primeras hasta las últimas entrevistas y pláticas que tuve con las señoras en el tiempo que estuve en el país, fue frecuente escuchar la frase “viera cómo me recuerda usted a mi hijo”.

Esto siempre me conmovía y afectaba mucho, además de que descolocaba el lugar que pretendía tener en relación al grupo, pues me obligaba (?) a jugar, por decirlo así, en el nivel performativo de mi relación con ellas, no sólo en términos de la forma en que me representaban, sino en el despliegue más amplio de nuestro vínculo. Sin lugar a dudas, hubo un sesgo fundante en mi relación con el comité y las señoras a nivel individual, el cual operó durante toda nuestra relación y permanece aún. La sobrecarga emocional de ser colocado en el lugar del hijo se intensificaba por el hecho de que estaba atravesada por la ausencia, por la falta de quienes eran realmente sus hijos, sus hijas, sus esposos y hermanos. Esto me dejaba en un lugar que se sentía inhóspito, inhabitable: ni hijo, ni antropólogo, pero ambos.

La ciencia política enseña a estudiar las relaciones de poder, pero no cómo hacerlo cuando se ingresa en un lugar social donde quedamos en medio de ellas. La antropología enseña a estudiar el vínculo social, pero no a reflexionar sobre esta práctica cuando somos colocados en medio de este. ¿Cómo dar cuenta, científicamente, de poderes y afectos que no sólo son identificados, sino también vividos? La experiencia etnográfica con los comités y sus integrantes me obligó a realizar un balance cotidiano y permanente entre la gestión de mi propia economía emocional y mi vínculo con las madres y las tareas necesarias para un registro sistemático y objetivo de los datos empíricos.

De forma casi opuesta a lo que vivió Ángela Velázquez y que narra en este mismo volumen, donde la imposibilidad del *rapport* surgía de la relación violenta y amenazante con muchos de sus informantes, en mi caso, la empatía se imponía más allá del vínculo, como parte de una representación que caía sobre mí y que yo hacía

caer sobre ellos. Pero, también, como en el caso de Ángela, quedaba claro que el “registro etnográfico” se realizaba más allá del diario y la grabadora, y quedaba incorporado como un afecto. Quedaba claro que, en condiciones donde la experiencia etnográfica se compone de vínculos afectivos, *se registra lo que se siente*.

Mi segunda estancia de trabajo de campo fue en la localidad de Tenosique, en el sureño estado mexicano de Tabasco, muy cerca de la frontera con Guatemala. A este lugar llegué atraído por la posibilidad de conocer un albergue para personas migrantes que desde mi llegada a México identifiqué como uno de los más activos e importantes de la coyuntura de ese momento: *La 72*, la casa-refugio para personas migrantes. Motivado por la posibilidad de realizar una etnografía del albergue, me integré al lugar como voluntario de mediados de septiembre de 2014 (dos meses después de mi regreso de Honduras), a mediados de diciembre del mismo año. La intensa y extenuante experiencia de trabajo, observación y registro fue riquísima para mi investigación, pues me permitió tener una mirada muy profunda de uno de los lugares centrales del fenómeno migratorio en que se (re)produce cotidianamente la reconstitución del cuerpo migrante y de sus fuerzas de traslado.

A Tenosique viajé un 15 de septiembre, el vuelo del Distrito Federal a Villahermosa tardó alrededor de 45 minutos, y para llegar de ahí a la ciudad fronteriza me tomó alrededor de tres horas. Mi estancia como voluntario en *La 72* la había coordinado directamente con el director del albergue y con la encargada del programa de voluntariado. Durante ese tiempo, mi observación y registro etnográfico se concentraron en el propio espacio del albergue, aunque también tuve oportunidad de conocer y registrar algunos elementos y dinámicas de la comunidad. La inmersión al albergue fue vertiginosa; entrar por la puerta de la casa era como ingresar a un territorio aparte, y aunque las dinámicas comunitarias penetraban el albergue y viceversa, este espacio tenía un funcionamiento muy particular y autónomo, que en algunos casos podía estar más claramente conectado con la realidad de alguna comunidad de Tegucigalpa o San Salvador o de un barrio californiano o neoyorquino, que con la del propio Tenosique.

Me recibió la encargada del voluntariado, una joven de unos 21 años que tenía ya varios años de estar vinculada a la casa. Luego de instalarme, empecé a circular un poco, tratando de conocer a algunas de las personas. La mayoría tenía poco tiempo de estar en la casa o estaba por irse. Realmente el albergue parecía una estación de paso, sin embargo, con el tiempo me iría percatando de que subyacían también dinámicas de movilidad más pausadas, otros ritmos de flujo. Mi estancia en *La 72* fue quizás la más extenuante de las tres, la intensidad de trabajo que se exigía a los voluntarios para el funcionamiento cotidiano del albergue era verdaderamente agotadora. Me levantaba alrededor de las siete de la mañana y trabajaba continuamente hasta casi las once de la noche. La diversidad de tareas, así como la presión de tener que realizar funciones que iban desde la gestión de recursos hasta el hacer cumplir las normas, pasando por la coordinación del trabajo colectivo o la regulación de los ingresos de la población a los diferentes espacios de la casa y el acceso a los servicios que se brindaban fue un factor que hizo de esta estancia la más desgastante en mi experiencia de campo. Sin embargo, el acelerado ritmo de trabajo, el constante flujo de personas, la densidad de historias y testimonios y la complejidad de las relaciones que se configuraban en el seno del albergue fueron elementos que dieron gran riqueza a mi observación y registro.

De manera similar —pero, al mismo tiempo contrastante— que en el caso de mi trabajo con el Cofamipro, mi ingreso como voluntario al albergue me colocó en medio de un campo de poder en el que se ofrecían —y disputaban— recursos y servicios muy valorados por la población albergada, y en el que mi rol de voluntario me obligaba (?) a ejercer autoridad y control sobre ello. Ahora no era solo el hecho de ser hombre, blanco, tico y con formación académica, sino también mi lugar de voluntario, lo que me daba un capital específico que me colocaba en una trama de relaciones de poder en la que tenía un lugar privilegiado; el balance era entre las implicaciones de cumplir mis tareas como parte del equipo de trabajo del albergue, lo que significaba ejercer autoridad y control sobre los recursos y la población, y mi lugar de etnógrafo, lo que exigía construir vínculo y confianza.

El contexto local hostil, pero también los conflictos internos producto de las propias prácticas de habitar la casa y de sus lógicas de gestión y administración de los recursos, hacía que la experiencia cotidiana fuera tensa y, a veces, confrontativa. Lo anterior no quiere decir que dentro del albergue estuvieran ausentes las prácticas de apoyo mutuo y camaradería, o que de parte de la comunidad solamente hubiera muestras de rechazo y agresiones; como otros lugares del proceso migratorio, el albergue se sostenía, en buena medida, gracias a fuerzas de solidaridad y alianza. No obstante, desde mi propia experiencia como etnógrafo-voluntario, las labores demandaban un ejercicio de autoridad y esfuerzo físico, al tiempo que exigían un estado de alerta permanente a las situaciones internas y externas que pudieran representar amenazas, riesgos o eventuales vulneraciones de la situación de las personas albergadas y del propio espacio y su equipo de trabajo.

Los autocuestionamientos, las incertidumbres y las inseguridades eran constantes: ¿Cómo contribuir a la administración de un espacio con recursos escasos, en un contexto hostil y precario, y con una población vertiginosa y constante, sin ejercer el poder de forma autoritaria, afectando las posibilidades del vínculo y el *rapport*?, ¿cómo evitar contribuir a emular la razón de estado y los efectos de frontera que tan frecuentemente y de forma tan violenta se encuentran las personas migrantes en su camino por México, y de las cuales no estaba exento este espacio, afectando mi propia ética y visión política?, ¿cómo prevenir situaciones en las que mi lugar de poder fuera el centro de las relaciones de reciprocidad que suelen darse entre quien hace etnografía y sus informantes?, ¿de qué forma conjugar mi trabajo como etnógrafo con mis labores como voluntario, sin que una actividad entorpeciera la otra?

De manera inversa a como ocurrió durante mi trabajo como voluntario con el Cofamipro, las labores que me comprometí a realizar en *La 72* afectaban las posibilidades de generar vínculos que me permitieran un registro sistemático y fluido de datos etnográficos, pues, en vez de potenciar empatía, podían ser fuente de antipatía por parte de algunas personas de la población albergada. De nuevo, los afectos aparecían como protagonistas en la configuración

de las condiciones de posibilidad de la experiencia etnográfica. En este contexto, la observación, en tanto técnica, se sobrepuso al testimonio y a la entrevista, y aunque tuve muchas oportunidades de conversar formal e informalmente con muchas personas con las que logré generar vínculos de confianza, la mirada atenta y la descripción densa tomaron un perfil por encima del relato en términos de la generación del dato.

Por otra parte, mi propia “geometría de poder” (Massey, 1993), en tanto voluntario-autoridad frente a la población albergada que cotidianamente intentaba *objetivar* (Bourdieu, 2003) como informante, que sin más podría ser constitutiva de sesgo, era también fuente de dato etnográfico; las formas en que la población enfrentaba (y contestaba) mi propio lugar de autoridad y el control que ejercía sobre los recursos y servicios del albergue me mostraban de manera muy clara las capacidades estratégicas y de agencia con que las personas migrantes sortean las formas de fronterización del proceso migratorio y van construyendo sus trayectorias de movilidad y consecución de recursos.

La tercera y última estancia fue en el sur de Chiapas, entre febrero y junio del 2015. Aunque habité principalmente en Tapachula, tuve movilidad en un área más amplia que incluyó parte de la sierra, así como la ruta del Pacífico hacia el norte, casi colindando con Oaxaca. Esta región constituye, además de un área fronteriza (Kearney, 2009) central en los procesos migratorios CA-EUA, un espacio prioritario para conocer las formas en que el Estado mexicano despliega su capacidad de gestión de los flujos migratorios (Kron, 2011), y comprender los alcances de los regímenes de securitización de fronteras (Pallitto y Heyman, 2008) impulsados por EUA como parte de su política hemisférica. Por otra parte, representaba la posibilidad de definir un área de trabajo que incluyera Honduras como punto de origen y el sur de México (Tenosique y Tapachula) como zona de tránsito.

A pesar de que las rutas por el sur se han diversificado y cubren buena parte del área fronteriza (Martínez, Cobo y Narváez, 2015), la del Pacífico sigue concentrando la mayor parte de población en tránsito. Tapachula es una ciudad con gran movilidad y

flujo de migrantes, lo cual se manifiesta en prácticas y dinámicas muy diversas que van desde los nichos de labores que emergen en torno a estas poblaciones, pasando por la constante actividad y presencia de redes dedicadas a la movilidad, tráfico y trata de personas, hasta experiencias de apoyo, atención y defensa de migrantes llevadas a cabo por organizaciones no gubernamentales, tanto civiles como religiosas.

A Tapachula llegué en febrero de 2015. Llevaba varios contactos gracias a mi vinculación con los comités de familiares de migrantes, y específicamente con las caravanas de madres en busca de sus hijos, en las que había participado en 2014 y tenía programado participar también en 2015. Desde el primer momento tuve la oportunidad de entrar en contacto con dos de las principales organizaciones que trabajaban el tema migratorio, pero a pesar de mis vínculos con estas instancias, mi trabajo de campo en la zona sería más bien solitario y definió sus propias trayectorias. Por una parte, las lógicas y agendas institucionales de las ONG no terminaban de coincidir con mis intereses heurísticos y con el trabajo voluntario que debía realizar por mi compromiso con la caravana de madres; por otra parte, empecé a detectar la existencia de toda una diversidad de actores, menos formales e institucionalizados, pero con una imbricación más orgánica e interesante con la población migrante; fue con estos con los que me terminé vinculado de manera más profunda.

Esta estancia fue quizás la que me permitió recopilar más cantidad y diversidad de material etnográfico. Durante este periodo pude vincularme como voluntario a un albergue para migrantes mutilados, acompañar procesos de búsqueda de migrantes desaparecidos y no localizados, conocer las condiciones de privación de libertad de muchas migrantes centroamericanas encarceladas, recorrer gran parte de las rutas "invisibles" (Anguiano, 2007; Martínez, Cobo y Narváez, 2015) y explorar los nichos laborales de la población migrante (en tránsito o residente) en Tapachula y localidades cercanas, entre muchas otras actividades.

Mi experiencia en el ir y venir en varias de las rutas migratorias y sus medios de traslado me hizo dimensionar el significado y las implicaciones de mis condiciones personales pues, aunque era yo

también un migrante centroamericano, mi situación era opuesta a la de la gran mayoría de personas centroamericanas en México. Por un lado, el haber nacido en un país de la región generaba sentimientos de proximidad y reconocimiento con las personas que conocí en tránsito y que no hubieran existido de haber sido mexicano. Había temas comunes, rasgos culturales semejantes, conocimientos compartidos, todo lo cual facilitaba y dinamizaba la relación, lo que era aún más significativo dado que nos encontrábamos en un contexto en el que las condiciones de xenofobia hacían surgir un sentimiento regionalista y de identidad centroamericana que no aparecía tan fácilmente en otros contextos. Pero, por otro lado, el ser costarricense podía también generar un efecto de distanciamiento respecto a muchas personas migrantes, no solo por ser parte de una migración regular, sino también porque, en Centroamérica, Costa Rica, por diversas razones, ha sido históricamente representada (y autorrepresentada) en algunos sectores como un país excepcional y distinto con respecto a los otros países de la región, lo que en ciertos contextos y circunstancias podría afectar las interacciones y relaciones.

Como en otras ocasiones, estas circunstancias hacían surgir en mí muchos cuestionamientos: ¿cómo moverme entre la identidad y la distinción en las formas mutuas de representación que se jugaban en las relaciones con mis informantes?, ¿hasta dónde partir de la afectividad y hasta dónde desplegar la estrategización al planear y realizar mis situaciones de levantamiento de datos?, ¿qué tipo de distorsiones en la información o en las formas de representar el objeto de estudio que me interesaba explorar desde las acciones y percepciones de las y los migrantes podían surgir producto de estas circunstancias?, ¿cómo dar cuenta, cuando se me cuestionaba, de mi propio lugar de privilegio en medio del drama común y cotidiano de la población centroamericana en México?

Identificar mi propia geometría de poder en este contexto y frente a las personas cuyas historias y experiencias me interesaba conocer no era suficiente para generar una *conciencia etnográfica* que me permitiera asumir una postura éticamente guiada a la hora de realizar mis prácticas y actividades de observación y registro. El criterio práctico siempre se inclinó hacia la empatía y la necesidad

de sostener la experiencia etnográfica como forma de generar los datos que alimentarían la investigación, y frente a esto el sentido común de mi propia formación y la sensibilización generada en el proceso de inmersión en la ruta migratoria eran anclajes permanentes. Pero, tal como se señala en la introducción del presente trabajo, sería sólo con la mirada retrospectiva como la conciencia etnográfica y la politización de mi práctica antropológica tomarían forma ante estos dilemas y me permitirían una reflexión cabal sobre sus alcances y posibles salidas.

En síntesis, mi experiencia en campo fue una de alta movilidad, atravesada por factores afectivos, identitarios, de clase y de género, que facilitaron o dificultaron las actividades de levantamiento y registro de datos, así como las posteriores tareas de sistematización y análisis. Por diversas razones y circunstancias, en todo momento estuvo presente, emergiendo de manera diversa y con diferentes implicaciones, una sensación de ambigüedad, un lugar de incertidumbre y autocuestionamiento, que me descolocaban en relación con mi plan de trabajo. Aunque nunca implicó la suspensión de las labores, sí marcó puntos de inflexión importantes en mis estrategias etnográficas.

Suspendiendo por un momento la reflexión, quisiera presentar ahora dos situaciones etnográficas específicas que viví durante mis estancias, y que complementan lo dicho hasta ahora en términos de la reflexión sobre las circunstancias, métodos, estrategias y sesgos en el trabajo de campo. Posteriormente, sumando a las preguntas planteadas hasta ahora las que surjan de la reflexión en torno a dichas situaciones, intentaré delinear un marco más amplio de problematización de mi experiencia etnográfica, así como proponer algunos corolarios y posibles respuestas.

## DOS SITUACIONES ETNOGRÁFICAS

### *La repatriación de Yajaira. Afectos y efectos en una situación etnográfica*

Yajaira González salió de su casa en enero de 2014, era profesionalista e iba con el objetivo de encontrar trabajo de secretaria en EU para ayudar a su familia. Se fue sola, de camino se juntó a un grupo de migrantes y con ellos contrató al *coyote* que habría de ayudarles a cruzar. Pero no cruzó. Yajaira murió entre febrero y marzo en el desierto de Houston, abandonada por el *coyote* y el grupo al no mantener el paso. Extenuada, se recostó contra un arbusto junto al que fue encontrada días después por las autoridades estadounidenses. Alrededor de cuatro meses después de la salida de Yajaira, la cancillería hondureña informó sobre la muerte de tres migrantes sobre los que había denuncias de desaparición. Cuando lo llamaron de la cancillería porque tenían información de su hija, don Ernesto, el padre de Yajaira, dijo, “pensaba que estaba viva”.

Con integrantes del Cofamipro, asistimos al aeropuerto de La Lima para acompañar a la familia el día de la repatriación. Alrededor de doce personas, entre hermanos, hijos e hijas, nietos, sobrinas y amigos, fueron desde su comunidad a recoger el cuerpo de Yajaira. La madre los esperaba en casa; no pudo ir pues, justo la noche anterior, “se puso malita”, según nos contó don Ernesto. “Un día dejé de orar, como que se me saturó la mente”, nos comentó mientras esperábamos, “pero todas las noches salía a ver las estrellas, a meditar”. Una noche le pidió a su hija que le diera una señal, “para tener fe”, y en ese momento escuchó unos golpes en el techo de su casa y supo que era ella; “fue entonces que volví a rezar”, nos decía sonriendo. Luego de un par de horas de espera, una funcionaria de migración les hizo firmar unos papeles y les indicó que el cuerpo les sería entregado por un portón al costado del edificio principal. Las compañeras del comité sugirieron que no fuera don Ernesto quien identificara el cuerpo de su hija, y sutilmente se lo comentaron; él se mostró de acuerdo, “yo ya decidí no verlo, lo va a hacer mi hijo”. Afuera, varios de los señores que lo acompañaban se fueron a reco-



ger el carro en el que llevarían la caja con el ataúd, mientras adentro el hermano firmaba los últimos documentos oficiales.

Cuando bajaron el cuerpo, todos nos asomamos por el portón y logramos ver un carro de equipaje custodiado por un oficial de migración y un soldado. El hermano de Yajaira ingresó y el portón se cerró tras él; luego de abrir la caja y mirar el cuerpo, con su rostro desencajado, sin llanto, pero serio, asintió al oficial de migración y salió de nuevo por el portón. "Ella no está muy bien", dijo con la piel blanquecina y la mirada perdida, "la reconocí por la marca que tenía en la cara". Se abrió de nuevo el portón, pero esta vez de par en par, y un funcionario del aeropuerto condujo el carro de equipaje hasta afuera. Las primas de Yajaira preguntaban impacientes por el carro que había traído uno de los compadres de don Ernesto para trasladar el cuerpo. Pocos minutos después, apareció una pick-up que se estacionó casi frente al portón. Al verla, todas murmuraron sorprendidas, pues ese no era el carro que debía transportar a Yajaira, sino en el que se trasladaron los familiares. Entre el funcionario de migración y varios de los señores levantaron el cajón y lo movieron hasta el coche de don Ernesto. Antes de irse, varios familiares anunciaron que querían verla. Entre los hombres abrieron la tapa de la caja y luego, el ataúd. La impresión fue fuerte y dolorosa, las mujeres lloraban, algunas desconsoladamente, y los hombres permanecían con sus rostros descompuestos y las miradas vacías.

Desde que llegamos y hasta el final de la jornada, las compañeras del Cofamipro me insistían en que tomara fotografías de lo que ocurría; por un lado, ayudándome a registrar el suceso para mi investigación, pero también para que les compartiera luego las imágenes que mostraban su trabajo de acompañamiento. El hecho de estar con la cámara en mano y apuntando el lente a los familiares de Yajaira me ponía muy incómodo, me sentía impertinente, y esto me generaba una especie de temor de acercarme a ellos. Luego del reconocimiento, se acercó el compadre de don Ernesto al grupo, se notaba confundido y apenado por el fallo de su coche; "no entiendo, no sé qué le pasa", decía mirando al piso, "nunca le había pasado, está como nuevo, hasta aquí llegó bien". Mientras varios de los hombres trataban de arreglar el auto, las mujeres comentaban el

fallo, sugiriendo que se debía a una intervención de la propia Yajaira: "ella no quiere irse en ese carro, ella quiere ir en el carro de su papi", aseguraban convencidas, mientras una de ellas me miraba de reojo. Luego de intentarlo unos treinta minutos sin resultados, consiguieron una soga y amarraron el coche inmóvil al de don Ernesto.

Más allá, en el estacionamiento, un grupo de curiosos se había formado, miraban de lejos, y varios tomaban fotografías. En ese momento noté que la prima de Yajaira, que antes me miraba de reojo, se encontraba molesta y alterada; su rostro mostraba ira y disgusto, lo cual me puso más ansioso y me hizo guardar definitivamente la cámara. Temí preguntarle directamente la razón de su molestia, pues en algún momento estuve convencido de que tenía que ver conmigo, pero luego otra familiar me comentó que estaba iracunda por el grupo de gente que había estado mirando al momento de la entrega del cuerpo. La situación era en verdad complicada pues, según me contó, el *coyote* con el que había viajado Yajaira había regresado a Honduras, y la familia temía por su seguridad, pues suponían que el *coyote* sospechaba que intentarían hacer venganza o denunciarlo a las autoridades. Por otra parte, tanto la comunidad en que vivían los familiares de Yajaira como la del *coyote* estaban controladas por una misma mara, con la que supuestamente este último tenía vínculos. La situación nos puso nerviosos a todos, e incluso las compañeras del comité estuvieron debatiendo si acompañar a la familia hasta su casa, donde les esperaban más parientes para la vela —el velorio—. Finalmente, decidimos ir. "Ernesto nos pidió que fuéramos para hablar con su esposa y está el compromiso", comentaban las compañeras mientras nos preparábamos para un viaje de cuatro horas hasta su comunidad.

Nos desplazamos despacio, como a 40 km por hora; ya cerca de la colonia, llamaron a un familiar para que fuera por nosotros para terminar más rápido el trayecto. La familia continuó en el coche de don Ernesto con el fétetro y remolcando el carro del compadre. En la casa, alrededor de cincuenta personas esperaban para ver a Yajaira y acompañar a los familiares en la vela. Ingresamos, pasamos entre familiares y vecinos, ollas de comida y botellas de refrescos, sorteamos mesas, atravesamos cuartos y estancias, y finalmente salimos

al patio trasero, donde otras treinta personas estaban reunidas; en el fondo, sentada en una silla, una señora de unos sesenta años se hacía viento con una toalla pequeña. Era la madre de Yajaira. Nos sentamos a su alrededor, y las compañeras del comité empezaron a hablarle sobre el consuelo de tener el cuerpo de su hija: "Por lo menos sabe dónde está, la puede enterrar y llevarle flores, muchas madres ni eso (...) hubo un caso de una madre a la que solo le llegó la cabeza, el cráneo pues, porque fue lo único que encontraron en la fosa donde estaba", le decían intentando calmarla. A los pocos minutos ingresó don Ernesto, quien, al ver a su mujer, apuró los pasos hasta casi correr, y ya cerca, se lanzó sobre ella a llorar.

La situación narrada permite presentar una compleja trama de afectos-efectos-sesgos presentes en la experiencia etnográfica. El clima de dolor y angustia que estaban viviendo las y los familiares de Yajaira me colocaba en un lugar difícil e incierto en términos de mi trabajo investigativo. La posibilidad de registrar el evento de una repatriación como esta representaba una situación etnográfica muy significativa en términos de dimensionar el dolor social que emerge en torno a muchas de las experiencias migratorias. La pertinencia de mostrar los efectos concretos y locales de la violencia estructural que condiciona la producción social de la migración estudiada parecía innegable. Pero también, y más aún desde una mirada retrospectiva, mi presencia parecía, paradójicamente, por completo impertinente. Aunque la familia estaba de acuerdo, el sentido de mi observación y mi registro etnográfico se volvía casi absurdo en medio de vivencias y afectos tan íntimos y liminales. Mi lugar de etnógrafo se desdibujaba a causa de la misma empatía, y me movía hacia un rol de acompañamiento muy distinto. Más que registrar la situación liminal de los familiares de Yajaira y ser testigo de la forma en que su ausencia era vivida como una presencia metafísica, me veía compelido a ser parte del esfuerzo colectivo, junto a las compañeras del Cofamipro, de facilitarles el paso por ese momento de dolor.

Lo sensible y delicado del acontecimiento me hacían dudar sobre las técnicas del registro, las cuales en ese momento me parecían invasivas e inadecuadas. El sesgo emergía no como una condición distorsionante del registro y el dato, sino como una condición de

imposibilidad de este. ¿Hay que dar cuenta de todo? ¿Es necesario o pertinente un registro etnográfico que penetre de forma tan contundente en los contornos del dolor social? La línea entre etnografía y pornografía de la violencia y el sufrimiento se desdibujaba, al igual que la dirección que debían tomar mis actos.

*Cerrar el zaguán, abrir el zaguán.*

*Etnografía (a pesar) de la violencia*

En Tegucigalpa, mi inserción al campo fue por medio de la Pastoral de Movilidad Humana (PMH), específicamente de la directora nacional de la organización. Ella me puso en contacto con la señora Montserrat Martínez, integrante de la Red de Comités de Familiares de Migrantes Desaparecidos de Tegucigalpa (Red Comifa), quien amablemente me recibió en su casa y me presentó a otras madres y familiares de la región central del país que también estaban involucradas en procesos de exigencia al Estado y búsqueda de sus familiares. Viajé a la capital hondureña un ocho de junio. El trayecto desde El Progreso lo hice en autobús, en un viaje que debía tomar alrededor de cuatro horas, pero tardó casi seis. A las 15:30 horas recibí una llamada de Montserrat diciéndome que me estaba esperando en la estación de autobuses con un taxista *de confianza*. Recuerdo que me llamó la atención la frase, pero en ese momento no le di mucha importancia, sobre todo porque llevaba casi dos horas de retraso y me daba mucha vergüenza. Finalmente, arribamos alrededor de las 21:30 horas a la estación, llamé a Montserrat quien me dijo "ya vamos para allá". A los 25 minutos vi ingresar un taxi al estacionamiento y parquearse casi frente a mí. Un hombre joven, de unos 25 años, conducía, y a su lado iba una mujer de unos 36, era Montserrat. Me saludó amable con una sonrisa alegre, mientras yo me disculpaba por el retraso. Me presentó a Irvin, el taxista, quien era yerno de una de sus vecinas. En medio de mi consternación por haberlos hecho ir y venir desde hacía más de dos horas, le dije a Montserrat que no tenía que haberse molestado en ir a recogerme, que podía haber tomado un taxi en la estación e ir por mi cuenta a su casa. Montserrat me miró sonriendo, entre divertida e

incrédula, e intercambió una mirada rápida con Irvin, que también sonreía disimuladamente.

Ya en el taxi y de camino a su casa, me animé a preguntarle lo que desde hacía rato venía pensando, “¿y su colonia es tranquila?”; fue entonces cuando me miró más detenidamente y, luego de una sonrisa triste y nerviosa, me respondió con un “más o menos”. Montse vive en la colonia Tres de Mayo, una de las más peligrosas y conflictivas de la capital, donde los enfrentamientos entre pandillas y el cobro de extorsiones a la población, así como los mecanismos de reclutamiento forzoso de jóvenes, son realidades cotidianas (IUDPAS, 2014). “Ahora está como medio rara”, me decía sin dejar de sonreír; “es por eso que le pedí a Irvin”, me dijo como confesando, “es que la verdad es que no cualquier taxista entra, pero a Irvin ya lo conocen, entonces no hay problema”. Durante todo el viaje hasta la casa de Montse, igual que durante buena parte de mi estancia en la capital, el tema principal de conversación fue la inseguridad; ya fuera por algún enfrentamiento reciente, la muerte de algún vecino, una extorsión o un reclutamiento, el tema terminaba siempre por colarse entre las pláticas cotidianas. En veinte minutos llegamos a la entrada a la colonia, una vía en pendiente que se separaba del Boulevard Norte y se adentraba en una sinuosa maraña de calles y callejones, la mayoría de tierra y plagados de hoyos. Irvin tomó varias curvas y poco a poco se fue adentrando hasta lo profundo de la colonia; las calles estaban desiertas, algunas casas daban muestra de vida con delgadas columnas de humo que subían hacia el cielo de la noche, o tenues luces que alumbraban entradas y zaguanes. Cuando llegamos, nos bajamos rápido, y mientras Montse abría la puerta que daba a la calle, Irvin y yo coordinábamos para que me recogiera al día siguiente temprano para iniciar mi jornada; él sería, durante mi estancia en la capital, mi chofer designado.

El zaguán de entrada a la casa quedaba en alto, luego de unas escaleras que daban a la calle. Cruzando la puerta de entrada había una especie de terraza pequeña techada, toda de cemento y tierra. Más allá de esta estancia había otra serie de gradas que llevaban a un segundo zaguán, y luego de este, a otra puerta, detrás de la cual estaba finalmente el ingreso a la casa. Mientras me asomaba desde

la terraza, escuché que detrás de mí, Montserrat estaba haciendo algo que llamó mi atención. Cuando me volví, la vi tomando un enorme trozo de madera rectangular de unos dos metros de largo y veinte centímetros de ancho; lo levantó a duras penas y lo colocó de manera diagonal contra el portón de la entrada que daba a las escaleras de la calle, de forma que la base del madero quedaba apoyada contra una de las gradas, haciendo una especie de seguro que hacía imposible abrir desde afuera. Cuando terminó, me miró, sudando y sonriendo, y me invitó a pasar. En la casa se respiraba una tensión permanente, las miradas nerviosas a la puerta eran constantes. Doña María de Jesús, la madre de Montse, me comentaba que a ella recientemente le habían empezado a dar ataques de pánico, “como ganas de salir corriendo”, decía, “palpitaciones, nervios... de ver tanta noticia de tanto muerto”. A sus casi ochenta años, y luego de vivir prácticamente toda su vida adulta en la Tres de Mayo, doña María vivía en un estado constante de temor; “nosotros vivimos encerrados”, me decía, “a las 7 (de la noche) ya cerramos con candado y no salimos en toda la noche”. Al día siguiente, Irvin llegó por mí a las 8:15, como habíamos acordado; Montse decidió acompañarnos en el taxi hasta salir de la colonia; “es mejor”, me dijo sonriendo, “como ayer entraste de noche no te vieron, entonces es para que se den cuenta que venís conmigo, que estás en mi casa, a éste ya lo conocen, pero a vos, no”.

Dos meses después, durante una estancia corta en Olanchito (al oriente del país), donde había sido recibido por una familia para participar en un taller de formación a integrantes de la PMH de ese departamento, ocurrió lo siguiente: Era mi primera noche, estábamos platicando en la entrada de la casa con doña Marta, la abuela de la familia, sobre cómo su hijo mayor “le dejó a sus niños” cuando se fue a EU y ella los había terminado criando a todos, cuando de repente sonaron cinco detonaciones a unas pocas casas de distancia. A todos nos sobresaltaron los “bombazos”, pero más aún la voz desgarrada de una mujer que segundos después empezó a gritar desesperada, “me mataron a mi hijo, me lo mataron”. En la calle ya se empezaba a hacer una multitud, mientras en la casa de al lado la hija del vecino brincaba emocionada mientras le decía a su madre,

“vamos, vamos, vamos a ver, vamos a ver”. Al rato llegó una vecina con el chisme: mataron a “uno de los que alquila donde doña Ivania”, un señor que vendía frutas en un carrito por el mercado, fue un ajuste de cuentas. Cuando le dispararon llevaba a su bebé de nueve meses en brazos, ambos murieron.

Una hora después, el noticiero del canal local daba cobertura al suceso. “Desde el lugar de los hechos”, reportero y camarógrafo interrogaban a familiares y vecinos, y seguían a la madre y esposa hasta el hospital, hostigándola con preguntas. Minutos después, abriéndose paso entre enfermeras, pacientes, doctores y oficiales, el camarógrafo caminaba por un pasillo del hospital hasta el cuarto donde estaban los cuerpos, y se disponía a entrar; la puerta la franqueaba un policía y, más adentro, un enfermero; ambos se hicieron a un lado para darle paso a la cámara, que durante casi cinco minutos estuvo presentando tomas de los cuerpos. Todo, acompañado por la voz *en off* del presentador, que desde el estudio se lamentaba de la tragedia y comentaba que la intención “no es afectar a los familiares”, y que por eso “cuidamos nuestras tomas, por respeto a la familia”, pero que también tenían la obligación de mostrar “la realidad de lo que está viviendo nuestro país”, hacer un “periodismo responsable”. El choque que me provocó el asesinato del vecino y su hijo fue luego acompañado por el asombro ante la imagen de la quinceañera de al lado dando saltos de emoción y pidiéndole permiso a su madre para “ir a ver”, como si estuviera hablando de un espectáculo, y terminó de desencajarme la cobertura que hizo poco tiempo después el canal local sobre los asesinatos. Esa noche nos acostamos temprano, aún perturbados por el suceso. El calor era fulminante; unos vecinos estaban tomando cerveza y parecía que lo harían toda la noche, por lo que Joaquín cerró las ventanas de su cuarto mientras me explicaba que “cuando se ponen bolos se ponen necios y hacen disparos al aire, entonces es mejor que no vean luces en el cuarto”.

Los casos muestran las maneras en que se viven muchas de las formas de violencia cotidiana que se configuran como detonantes de la expulsión y fuga de población centroamericana migrante; desde los mecanismos de naturalización como el de la hija del veci-

no, que, irónicamente, casi rayan en la exotización y el espectáculo (televisado), hasta formas más bien traumáticas de vivirla, como los ataques de pánico de la madre de Montserrat. El grado y la intensidad en que ciertas formas de violencia se vuelven cotidianas sugiere que, más que atravesar la vida de las personas, la colonizan. La ubicuidad de la violencia la desdibuja en su normalización o en su sentido extraordinario, y hacen que los anclajes del registro y los contornos del dato se vuelvan absolutamente problemáticos.

Este clima de temor e inseguridad permanentes condicionaba la experiencia etnográfica en dos niveles. Por un lado, las conversaciones, actividades y prácticas cotidianas de las personas se encontraban invadidas por temáticas recurrentes que dejaban poco espacio a otros asuntos. Esto, más que un sesgo, claramente constituía un dato en sí mismo, sin embargo, implicaba también una dificultad para salir de una narrativa que se mostraba encerrada, que terminaba por volver siempre a un mismo asunto, lo cual presentaba un desafío a la hora de abordar etnográficamente otros asuntos que, aunque estaban relacionados o condicionados por el tema, podrían haber sido planteados desde diversas miradas. Por otra parte, las condiciones expuestas planteaban un desafío logístico en relación a mi propia movilidad, y el margen de maniobra para buscar informantes o situaciones etnográficamente relevantes en colonias como la de Montse o Joaquín.

¿Cómo sortear los límites impuestos a mi movilidad por las condiciones de violencia y conflictividad?, ¿cómo diferenciar las percepciones de mis informantes sobre la inseguridad, de las condiciones objetivas de violencia y conflictividad?, ¿de qué forma registrar información que me parecía estar demasiado centrada en un mismo asunto? Todas estas preguntas me inquietaban y me obligaban a buscar constantemente nuevas estrategias de levantamiento del dato y su registro, para poder cumplir con mis metas etnográficas. El riesgo permanente era quedarme en una mirada acotada a las fibras que me mostraba la propia ubicuidad de la violencia, tanto en términos objetivos como en la subjetividad de mis informantes, y no ir más allá de esta, reificándola como un objeto prioritario, y en ocasiones único, de mi investigación.

En mi experiencia, me resultó complejo dimensionar y manejar los efectos que tenía la simpatía que sentía por muchos de los actores con los que trabajé, tanto de las personas migrantes que conocí como de las organizaciones de defensa o incidencia con las que me vinculé. Aquí el riesgo fue doble: por un lado, elaborar un discurso y un conjunto de representaciones en torno a estos actores, que, al estar basadas en un sentimiento de simpatía, provocarían un efecto idealizante o esencialista en torno a la descripción y comprensión de sus prácticas; por otro lado, pasar por alto las condiciones políticas y los juegos de poder en los que están inmersos muchos de estos actores y que determinan sus discursos y acciones. En esta línea, la micropolítica de las tensiones, pugnas y disputas que se dan entre los actores estudiados, tanto en el marco de sus relaciones de antagonismos con otras instancias como las estatales, como en términos de las propias relaciones internas de estos actores, fue una estrategia metodológica y técnica que se mostró fértil para desanudar muchas de estas problemáticas.

Quizás la premisa más evidente en relación a este dilema es establecer, desde el principio y con la mayor honestidad posible, la propia situación de poder en relación al contexto etnográfico. Es decir, diagramar de manera conciente y autocrítica la propia geometría de poder (Massey, 1993) del etnógrafo como criterio de ingreso para poder eventualmente detectar, trabajar y reconvertir los sesgos en material para el análisis etnológico y reflexivo. Los referentes de clase, etnia, género, nacionalidad, entre otros, son factores por incluir en dicho ejercicio de diagramación, pero deben ser también elementos a tomar en cuenta a la hora de desplegar las estrategias y técnicas de generación y registro de datos en campo, de forma que se adecuen tanto a los intereses y prioridades heurísticas como a los principios éticos tanto a nivel político como metodológico. Por otra parte, esta conciencia amplia sobre el propio lugar del investigador es asimismo el punto de partida para elaborar y realizar formas de reciprocidad con las personas que se adecuen a la situación etnográfica y a su carga emocional, afectiva, conflictiva y política.

Las formas de violencia social constituyen las condiciones en que se despliegan las prácticas y discursos de las personas y grupos,<sup>6</sup> en que se realizan y actualizan las relaciones sociales que son el objeto del quehacer etnográfico y antropológico. Partiendo de que tanto en Honduras como en el sur de México existen formas de violencia social en las que, en relación a las pandillas y a los cárteles del narcotráfico, el perfil de hombre joven representa o un riesgo o un interés.

Mi propia movilidad estuvo siempre condicionada por estos sentimientos de temor que las personas que conocí proyectaban todo el tiempo sobre mí, y que poco a poco fueron brotando en mis propias emociones, sobre todo después de sucesos específicos. Estas situaciones provocan sentimientos de inseguridad y riesgo, una sensación de amenaza y alarma permanentes que, de no ser controlada, podía provocar paranoia y ostracismo etnográfico. Como han señalado Nordstrom y Robben, puede “producir en el investigador un shock existencial, que desestabiliza la dialéctica entre empatía y distanciamiento (1995, p. 13, citado en Ferrándiz Martín y Feixa Pampols, 2004, p. 165). Frente a esto, la necesidad de mantener un equilibrio emocional me llevó a generar mecanismos de protección y autocuidado para poder mantener un desempeño adecuado. Esto incluía desde contrapartes externas con las que exteriorizaba mis emociones y afectos, especialmente mis sentimientos de inseguridad, hasta la generación de protocolos de protección en conjunto con personas u organizaciones de los lugares, pasando por la realización periódica de momentos de salida del campo.

<sup>6</sup> En las colonias centroamericanas controladas por pandillas, no es lo mismo tratar de ingresar siendo, por ejemplo, una mujer adulta mayor, que siendo un hombre joven. Esto último es siempre visto como una posible amenaza en tanto es siempre un posible *contrario*. Para los cárteles del narcotráfico, por otra parte, los hombres jóvenes pueden llegar a ser vistos como un recurso posible, un potencial trabajador. Se ha mostrado que el secuestro de migrantes por parte del crimen organizado en México no solo opera como mecanismo de captura de renta por medio del cobro a familiares por la liberación, sino también como mecanismo de extracción de valor por medio del sometimiento al trabajo forzado o esclavo. Al respecto, véanse Amnistía Internacional, 2010; CDHDF, 2011; CDHDF, 2013; CIDH, 2015; Izcarra Palacios, 2016.

En este sentido, la violencia social diversa (institucional, criminal, estatal, de género, etc.) constituye una lógica condicionante inserta en la trama de sociabilidad básica de las realidades locales, regionales y nacionales estudiadas, que se actualiza en función de circunstancias y acontecimientos, pero no un objeto de observación, registro y análisis etnográfico en sí mismo. Muchas veces mis notas y registros terminaban volviendo al mismo punto: una suerte de fuerza hecha de temor e incertidumbre calaba todos los aspectos de la vida social y se colaba en mis registros colonizando mi experiencia etnográfica. La tentación de trabajarla como un objeto de estudio en sí misma fue constante, sus constantes manifestaciones y sus efectos la convertían en un dato seductor que parecía querer opacar todas las demás aristas con que podía ingresar al análisis de los datos. Pero esto, irónicamente, me fue llevando a tomar en cuenta estas múltiples formas de violencia desde una mirada distinta: en vez de hacer de estas violencias un objeto de estudio, empecé a registrarlas como un dato eventual, emergente (y sí, frecuentemente) desde la dimensión contextual. Más que buscar la violencia, continué mirando los que se iban perfilando como los contornos de mi objeto de estudio (los agenciamientos de movilidad, los procesos de búsqueda, la operación de las áreas fronterizas, etc.), y sólo desde su registro sesudo y su posterior análisis podría, eventualmente, reconstruir o pensar algo en relación a estas formas tan variadas de violencias. Esto marca un contrapunto con perspectivas que abordan las diversas formas de violencia como manifestaciones de una violencia más básica y esencial cuyos matices están sólo en lo que Ferrándiz y Feixa (2004) han llamado sus “modalidades significativas”, y previene contra cualquier intento de “acotar de modo crítico el rango de lo que entendemos por violencia, es decir, discutir sus límites, modalidades, contextos y consecuencias, examinar los usos que arrastramos desde el sentido común y cuestionar la relevancia de las categorías académicas que hemos construido para analizarla (p. 159).”

Retomando el epígrafe de este texto, no se trata de que “[l]as violencias no son un objeto de estudio sencillo”, sino de que no son del todo un objeto de estudio. La comprensión de las diversas formas de

violencia que una sociedad va desplegando en su devenir histórico es incidental o indirecto, solo factible en el marco de procesos de investigación más amplios. En este sentido, “las violencias”, más que un objeto de “observación participante”, son una condición, lamentablemente hoy día generalizada, en que se desarrollan y actualizan los procesos de observación etnográfica.

## REFERENCIAS

- Clifford, James, 2001, *Los dilemas de la cultura*, Barcelona, Gedisa.
- Clifford, James, 2008, *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa.
- CIDEHUM, 2012, *Diagnóstico: “Desplazamiento forzado y necesidades de protección, generados por nuevas formas de violencia y criminalidad en Centroamérica”*, Centro Internacional para los Derechos Humanos de los Migrantes.
- Anguiano, María Eugenia y Alma Trejo Peña, 2007, “Políticas de seguridad fronteriza y nuevas rutas de movilidad de migrantes mexicanos y guatemaltecos”, *Revista Liminar, Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 5, núm. 2, pp. 47-65.
- Appadurai, Arjun, 2001, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, Flacso/Fondo de Cultura Económica/Trilce.
- Arce, Alberto, 2015, *Honduras a ras de suelo*, México, Paidós/Ariel.
- Bourdieu, Pierre, 2003, “Participant Objectivation”, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 9, núm. 2, pp. 223-239.
- Dudley, Steven, 2010, “Drug Trafficking Organizations in Central America: Transportistas, Mexican Cartels and Maras”, *Investigation*, Mexico Institute-Trans-Border Institute, Woodrow Wilson International Center for Scholars-University of San Diego.
- Dumont, Guillaume, 2012, “Multiplicidades móviles. Dibujo de una pluralidad situacional”, *Encrucijadas. Revista crítica de Ciencias Sociales*, núm. 4, pp. 66-80.
- Flores Fonseca, Manuel Antonio, 2012, *Factores contextuales de la migración internacional de Honduras*, Tegucigalpa, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- Ferrándiz Martín, Francisco, y Carles Feixa Pampols, 2004, “Una mirada antropológica sobre las violencias”, *Alteridades*, vol. 14, núm. 27, pp. 159-174.
- Geertz, Clifford, 2001, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

- IUDPAS, 2014, *Percepción ciudadana sobre inseguridad y victimización en Honduras*, Universidad Nacional Autónoma de Honduras/Instituto Universitario en Democracia, Paz y Seguridad/Tegucigalpa National Democratic Institute-unah.
- Kearney, Michael, 2009, "Fronteras fragmentadas, fronteras reforzadas", *Fronteras fragmentadas*, Morelia, El Colegio de Michoacán/Centro de Investigaciones y Desarrollo del Estado de Michoacán.
- Kron, Stefanie, 2011, "Gestión migratoria en Norte y Centroamérica: manifestaciones y contestaciones", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. 37, pp. 53-85.
- Marcus, George E., y Dick E. Cushman, 1992, "Las etnografías como textos", *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, pp. 171-213.
- Marcus, George, 2001, "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal", *Alteridades*, vol. 11, núm. 2, pp. 111-127.
- Martínez, Graciela, Salvador David Cobo y Juan Carlos Narváez, 2015, "Trazando rutas de la migración de tránsito irregular o no documentada por México", *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 23, núm. 45, pp. 127-155.
- Massey, Doreen, 1993, "Power-Geometry and a Progressive Sense of Place", en Bird, Jon y otros, *Mapping the Futures. Local Cultures, Global Change*, Nueva York, Routledge, pp. 59-69.
- Maybri Salazar, Susana, 2013, "Reflexiones metodológicas sobre la etnografía de los transmigrantes salvadoreños indocumentados que viajan en tren hacia Estados Unidos de Norteamérica", *Pueblos y fronteras digital*, vol. 8, núm. 15, pp. 115-142.
- Pallitto, Robert y Josiah Heyman, 2008, "Theorizing Cross-Border Mobility: Surveillance, Security and Identity", *Surveillance & Society*, vol. 5, núm. 3, pp. 315-333.
- Perret, Gimena, 2011, "Territorialidad y práctica antropológica: desafíos epistemológicos de una antropología multisituada/multilocal", *KULA: Antropólogos del Atlántico Sur*, núm. 4, pp. 52-60.
- Watson, C. W., 1999, *Being there: fieldwork in anthropology*, Michigan, Pluto Press.

### III

## LA TOMA DE CONCIENCIA DE LA ETNÓGRAFA Y EL ETNÓGRAFO